

## EL VANO GESTO DE PAGAR LA DADIVA Lucas 18, 9-14

### I

El Señor refiere esta parábola, la clásica *parábola del fariseo y el publicano*, a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás. Cuando san Lucas la pone por escrito, probablemente del Templo donde se escenifica ya no quedaban *pedra sobre piedra* ni de esa *generación incrédula y perversa* quedaban ni fariseos ni publicanos que vayan a sus ruinas a llorar. En última instancia, todo este "asunto judío" poca relevancia tenía para el mundo griego, el mundo que nuestro evangelista, el evangelista que enfatiza la universalidad de la salvación, tiene en su corazón cuando escribe la Buena Nueva del Reino, el anuncio que en Cristo Jesús, en su vida y en su muerte, el cielo y la tierra se habían reconciliado, la bondad esencial y la alienación existencial se habían vuelto a reunir, que el único precio era saberse pecador y abrirse al don, al Espíritu recreador, al Espíritu que Jesús entregaba desde la Cruz, la Cruz donde la justicia se transfiguró en justificación.

Si Lucas se hace eco de este relato, si lo delinea con trazos tan enfáticos, no es entonces por su interés histórico, por su accidentalidad, sino porque él nos revela una actitud arquetípica-relacional, nos describe las posibles toma de posiciones ante la Ley, y ante toda mediación religiosa, que aún hoy deben seguir interpelando al fariseo y al publicano que cada uno de nosotros llevamos y alimentamos en nuestro interior.

### II

Adentrémonos ahora en la escucha de la escena en la que nuestro Señor nos otorga un privilegio abismal: participar del misterio más recóndito e incommunicable al que un hombre puede acceder, al diálogo *en su interior* de la creatura con su Creador. La revelación del arcano donde cada ser se sitúa en la más vasta intemperie para ser abarcado por el cobijo más íntimo que se pueda recibir, el arcano donde lo finito y lo infinito se tocan, donde cada hombre, allí y sólo allí, está "desnudo frente al Desnudo".

El primer personaje al que Jesús nos invita a ponderar es un fariseo, un fariseo que, recordemos una vez más, no es un personaje cristalizado en su historicidad, no es un "judío", sino una dimensión de nuestro ser, una posibilidad de nuestro existir.

En el tiempo en que se ubica esta parábola, Palestina no es más que un pequeño cantón de la provincia romana de Siria. Desde hacía siglos los israelitas vivían en una situación de casi continua opresión, en dolorosa sumisión a los imperios circunvecinos: Babilonia, Persia, la Macedonia de Alejandro, el cetro de sus sucesores los Ptolomeos y Seléucidas, hasta caer, en este tiempo, bajo la ocupación de los romanos.



Los fariseos habían comenzado a existir como tales casi un siglo antes del nacimiento de Jesús, se habían aglutinado para defenderse de la amenaza desculturizante que estas sucesivas ocupaciones iban teniendo sobre sus tradiciones y su religión, influencia a la que no pocos judíos iban cediendo, a la que paulatinamente se iban mimetizando. Los judíos más piadosos se unieron formando este partido o movimiento empeñado en la conservación de la pureza religiosa, poniendo el acento en el cumplimiento minucioso de la Ley hasta sus más nimios detalles; trataban, multiplicando las observancias, que nada se sustraiga de la regulación, que nada se sustraiga al control y la legislación.

Los fariseos hicieron, en una imagen, de la Ley su fortificación. De su fortificación terminarían haciendo su fortaleza, de su fortaleza su cerrazón.

Su etimología es harto significativa, "fariseo", *-perushim-*, según la aceptación popular, significa "separado" lo que decía referencia tanto a la separación de las costumbres paganas como de los judíos que, a diferencia de ellos, no respetaban o no conocían los alambiques casuísticos en los que ellos eran doctos, ellos, los "doctores de la Ley", los doctores que no siempre distinguían el espíritu de la letra, la forma del contenido, los doctores que terminaron por olvidar que *el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado*. Los defensores de la Ley y la justicia, Ley y justicia que desplegadas en su inexorable lógica terminaron por clamar: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Nuestro fariseo era un hombre de ese movimiento, y, como tal, pertenecía a la gente *legal* del judaísmo, a la gente *observante*, cumplidora y, sobre todo, *comprometida* de entonces. Era un defensor de la Ley, uno de *esos que se tenían por justos*.

Nuestro fariseo, además, no se ceñía al mero cumplimiento de lo prescripto por la Ley, sino que la superaba, la superaba con el plus de su generosidad. Veamos que no sólo realiza las obras de justicia sino de supererogación: si la Ley impone el ayuno tan sólo una vez al año, *el décimo día del séptimo mes*, él agrega *dos veces por semana*. Agrega el ayuno optativo, el ayuno de reparación que hacían los piadosos para expiar por las transgresiones que realizaban *los demás hombres*, los ignorantes de la Ley. No escatimando en nada, nuestro héroe añade a su sacrificio corporal el sacrificio económico: *doy el diezmo de todas mis ganancias*, oigamos bien, *de todas*, mientras que la Ley prescribía este impuesto sólo sobre el mosto, el trigo y el aceite.

En todo había un plus, en todo parecía querer estar a cubierto, estar seguro de cubrir todo margen de indeterminación, toda duda sobre lo debido, todo escrúpulo sobre el deber. Temía que algo quedase sin pagar, parecía querer estar libre de inseguridad, de toda necesidad: de toda deuda que deje algo sujeto a la incalculable gratuidad, la gratuidad del Dios que parecía no ser cifra de su computar, del Dios que parecía hasta sobrar.

### III

Apenas a pocos pasos, *manteniéndose a distancia*, tenemos al publicano.

También él es un personaje ubicuo, un personaje que trasciende tanto su geografía como su historicidad. Antes, después, y es de temer que siempre, ha habido y habrá publicanos: colaboradores del poder opresor.

En ese momento, nuestro publicano es un colaborador del Imperio Romano,



de los ejércitos que pisotean su patria, de los dioses que contaminan su religión. Su tarea consistía en recaudar los impuestos, los tributos que el pueblo hebreo debía pagar al país opresor, o, dicho con los eufemismos de la estrategia política: a la nación protectora. Tarea de enriquecerse a sí mismo enriqueciendo al enemigo, ya que la remuneración por sus oficios la fijaban ellos y consistía en el superávit que quedaba después de haber dado lo debido a las autoridades, lo que significaba quedarse con tanto como tanto había podido exigir, tanto como exigían de más a los demás.

En la opinión general el publicano ocupaba lisa y llanamente el mismo rango que el de un ladrón. Como traidor a su patria y a su Dios, no poseía ningún derecho civil ni religioso. Hablar, comer o rezar con un publicano eran cosas vedadas para un buen judío, para un judío, como nuestro fariseo, observante de la Ley.

Religiosamente el calificativo que lo identificaba era tajante: "impuro".

El hecho de frecuentar continuamente las casas paganas a lo que les obligaba su función, así como el contacto con objetos impuros, los hacían permanentemente ineptos para todo lo cultural. La situación del publicano, frente a sí, a su semejante y a su Dios, era, estrictamente hablando, desesperada. Si quería engrosar la fila de los justos debería, antes que nada, abandonar su profesión, pero no sólo esto, también restituir todo el dinero que había lucrado injustamente, todo el "dinero de la maldad", es decir, todo. Y si como esto fuese poco, según las cláusulas, debía agregar a ello un quinto de indemnización sobre todo lo defraudado. Una restitución imposible para quien todo lo que tenía era lo sacado, todo lo que tenía era "las riquezas injustas". Las riquezas con las que parecía imposible hacerse amigo de Dios.

Estas eran hasta entonces las condiciones para pertenecer a los *justos*, para obtener —o diríamos para pagar— la justificación. Esta era hasta entonces la justicia, la medida con que los fariseos creían poder medir la inmensurable misericordia de Dios.

#### IV

Tales son los rasgos más exteriores del díptico que nos pinta la parábola; pero creo que el Señor hace algo más que presentarnos al uno y al otro, cuando Jesús los pone uno al lado del otro, cuando pinta al fariseo y al publicano con colores tan primarios, los traza con líneas tan marcadas, creo, nos está invitando a compararlos, a compararlos sin dejarnos de comparar.

Los dos son judíos y, como tales, el uno y el otro *subieron al Templo a orar*. Ambos reconocen en el Templo el lugar privilegiado de la *doxa* de Dios, de la Presencia de la Gloria de Dios. Del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de la Alianza y de las Tablas de la Ley, la Ley en las que reveló al hombre su más íntima voluntad, la voluntad que entrama como latido y sentido toda su creación, que significa y sostiene todo su crear. La misma filigrana de sentido que entrama al ser mismo del hombre, que le revela e inspira su ser consigo mismo, su apertura al mundo y a sus semejantes, y la trascendencia de lo uno y lo otro hacia su Creador, hacia el origen y fuente de su existir. La Ley bajo cuyas tablas estos dos hombres se aprestan a evaluarse, a medirse el uno, a dejarse el otro medir.

Ambos suben tras una misma intención: orar. Ambos, tácita o palmariamente, llevan en esa intencionalidad uno de los deseos más profundos que pulsán al ser hu-



mano: sentirse religado al fundamento que lo funda y sostiene, sentir reconciliado el hiato entre el ser y el deber ser, entre la parte y la totalidad, anulada la distancia entre —en última instancia— el ser y el no ser. Sentirnos en lenguaje teológico y orante, justificados en la misericordia justificante de Dios, acogidos y aceptados por El. Eso, clara o nebulosamente, es lo que buscamos al rezar, lo que buscamos recibir.

*El fariseo de pie, oraba en su interior* y, osamos suponer aunque el texto lo obvie, que lo hacía con la mirada y los brazos hacia lo alto, lo conjeturamos ya que todo ello, y también esto, lo hacía de acuerdo con las rúbricas que aseguraban la legalidad y eficacia de su oración. En esto, también en esto, nuestro fariseo aparece irreprochable, también en esto aparece como el justo que cree ser.

La oración judía fue y es esencialmente acción de gracias, expresión de la gratitud que brota de la lectura de su propia historia, de la hermenéutica del sentido que la enhebra y la guía. *Bueno es dar gracias a Yahvéh, y salmodiar a tu nombre, Altísimo... pues con tus hechos, oh Yahvéh, me regocijas, ante las obras de tus manos grito: ¡Qué grandes son tus obras, Yahvéh, qué hondos tus pensamientos!* Alabanza y regocijo ante los gestos salvíficos con los que Dios realiza y conduce la historia de *su pueblo*, los gestos que arrancan la melopeya del salmista: *¡Porque es eterna tu misericordia!*

También las palabras del fariseo se preludian acorde a esta tradición, al menos en su preludio y en su corteza: *¡Oh Dios! Te doy gracias*, también esto parecía quedar cumplido, pero pronto el sujeto inicial de su plegaria pasa a un segundo plano, pronto “Dios” pasa a ser el mero encabezamiento de una retahíla de pronombres pivoteando en torno a un único “yo”, el yo del fariseo que habíamos creído escucharle orar.

Es verdad que hace remontar a Dios la causa eficiente de lo que cree ser, la causa de su justicia, pero advertimos que el *te doy gracias* inicial no termina siendo por Dios, por lo que Dios es y dispensa, sino por él mismo, por lo que él no es: por no ser *como los demás hombres*. Dios no oficia de otra cosa que de inútil blanco de su bumerang, de mudo garante de su reivindicación; es que en verdad el fariseo no miraba hacia lo alto, mira hacia sí; mira hacia atrás, y como no está abierto a la luz no ve su sombra, cuenta su vida, mide sus actos, pesa sus méritos, calcula sus obras y espera el pago. Su relación con Dios es orquestada en términos de derecho, su actitud es la del respeto a un contrato, su enumeración adquiere el tinte de una hazaña moral, la hazaña del *cumplir* y el *observar*. Observemos que su plegaria no contiene ninguna petición, y esto, que parecería indicativo de un alto grado de oración, no es más que un bajo grado de conciencia, de superficialidad. No pide porque no sabe necesitar, porque nunca ha ido más hondo que el super-ello moral, su yo acusativo-justificativo que hacía de esa “casa de oración” “una casa de mercado”. No pide porque cree poder darse a sí lo que él cree ser, y no pide, sobre todo, porque la mano que recibe debe ponerse debajo de la que da.

Actúa por deber y al deber corresponde el merecer. Justicieramente merecerá lo que cree merecer: merece la justicia; justamente no merecerá lo que cree no necesitar: la justificación.

El fariseo dice “gracias” pero no dice “perdón”, y una oración que no dice “perdón” que es conocimiento de sí, no puede decir el “gracias” que es reconocimiento del “Tú”. El fariseo no habla el lenguaje del *amor* sino del *poder*, por eso ni



reza ni habla: monologa, excluye, divide. Lo que se dio es lo que se olvidó y si se sabe es que aún se tiene. Por eso el fariseo nunca había dado nada, ni en sus ayunos de reparación ni en sus diezmos de supererogación. Todo lo seguía teniendo, todo lo seguía acreditando, por eso no podía ni sabía recibir, porque nunca había llegado a dar. Había dado sin darse, había dado para guardarse, para afirmarse. Por eso llegó a pensar que para ser justo había que justificarse, para *valer* había que *tener*. Tiene sus obras y de esas obras hace su *poder*, el poder con que quiere pagar su valer, pero el valer, paradójicamente, se recibe o no se tiene, se recibe o no nos vale. La justificación nos es dada o no es, nos es dada o no nos justifica. Toda su vida, la vida de quien no aprende a recibir, aparece como un solo y vano gesto: *el vano gesto de pagar la dádiva*. El gesto de ese orgullo que cada uno llevamos tan cerca, tan dentro, que es como la muerte, la muerte que sólo la vemos en los demás.

Pero el fariseo era uno de esos que *se tenían por justos y despreciaban a los demás*. Es aquí, en el segundo enunciado de la oración, donde me parece que se encuentra la clave interpretativa de la actitud del fariseo, de la tesisura farisaica, la clave de su reprobación ante el juicio de Jesús. Si se hubiese limitado a exponer su haber, creo que aun eso podría mirarse con compasión, la compasión que permite ver detrás de tanta dureza su inseguridad, pero él da un paso decisivo, el paso que transgrede la exigencia más severa y axial del evangelio: *“sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*, la exigencia que otro evangelio parafraseando explaya: *sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso*; en otras palabras: *no juzguéis... con la medida que juzguéis seréis juzgados...* El fariseo no se pone en lugar de la misericordia del *Padre* celestial sino que asume el cetro del *Juez Legislador*, de la justicia sin misericordia, sin la misericordia que hace la justicia justa, de la justificación un don.

Si antes con el *¡Oh Dios!* había alzado los ojos para elevar su autocontemplación, ahora mira hacia su costado para afirmar su autojustificación, mira hacia el publicano como hacia un fondo oscuro sobre el cual contrastar su fulgurante retrato, el retrato de quien no es *como los demás hombres: rapaces, injustos, adúlteros*, ni como los demás hombres ni mucho menos *como ese publicano*. No se califica a sí, descalifica a los demás.

El fariseo divide con la misma vara que mide, pero dividiendo se mide y se divide, y así, sin saberlo, lo que deja fuera no es a *los demás hombres* sino a su justificación. El fariseo no recuerda que el mismo que dijo *no adulteréis* dijo también *no juzguéis*.

*En cambio, el publicano, manteniéndose distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!”*

Con este *en cambio* se bifurcan radicalmente las relaciones entre estos dos hombres y su Dios, el viraje que nos hace ahora arrostrar al publicano, el publicano que, sintomáticamente, ocupa tan sólo un versículo en toda la parábola que nos redacta el Señor.

El publicano se mantiene a distancia, y nunca una distancia acercó tanto. Como el fariseo dice *¡Oh Dios!*, pero en craso contraste con él se limita a pedir perdón, en contraste con él no encuentra nada en sí de lo que agradecer, nada con lo que contar: todo por necesitar, todo por recibir, todo por perdonar. Ni enumera sus pecados ni los enuncia, ni en esto se detiene en sí, parecería ver más hondo de sus pecados,



de los pecados que *hace*, parecería ver al pecador que *es*. Parecería ver la deuda de lo que debió ser, el ontocidio de su infidelidad a la voluntad de Dios, a la sabiduría de su Creador.

Pero tampoco su pecado lo detiene, ni se detiene ni se fascina con la reflexión de sí; mira su abismo, lo nombra, lo llama *pecador*, se reconoce y golpeándose el pecho reconoce al Redentor: *ten compasión de mí*, reconoce la otridad, la insuficiencia, la creaturidad. El "justo" se cerró en su justicia, el "pecador" se abre en su pecado.

No midió —ni sus méritos ni sus faltas—, y como no midió, saltó.

Vio lo que era y lo que era mostró, vio su nada y su nada abrió.

Hizo todo lo que se nos pide, el resto se nos da.

En el publicano se *cumplía* la pedagogía de la Ley: desnudar nuestra impotencia, descubrir la distancia entre nuestro ser esencial y nuestro yo existencial. Desnudarnos para que busquemos el abrigo de Dios.

*¡Oh Dios, ten compasión de mí!* Su oración tiene la medida de la verdad: es breve. La jaculatoria del publicano es eco del *Miserere*, el versículo del salmo 51: *el sacrificio que agrada a Dios es un corazón contrito y humillado, un corazón contrito y humillado, tú ¡oh Dios! no lo desprecias*. Es la oración, el quedo grito de un abismo llamando a otro abismo: el de la mismidad pecadora a la alteridad salvadora. Después del *¡Oh Dios!* con que cifra el divino abismo, el *pecador* del abismo humano, y, como puente entre abismos, la cuerda del grito: *¡ten piedad de mí!*

## VI

*Os digo que éste bajó justificado y aquél no.*

Dos hombres "subieron" y dos hombres "bajaron" del crisol de la oración, del crisol de lo definitivo y lo raigal. En este breve recorrido, este ascenso y descenso, se configuró el itinerario más radical de sus vidas: uno subió para elevarse y bajó humillado, el otro subió para abajarse y el Señor lo elevó.

El Señor conoce el corazón de los hombres, de aquellos que le escuchaban y de los que tratamos de escucharle hoy. Conoce nuestros juicios y prejuicios, los conoce y los contrapone a los de él: el publicano es el que bajó justificado, el fariseo no. A casi dos milenios sigue siendo fariseo, pensar que también nosotros pensamos como piensa Jesús. Hemos escuchado demasiadas veces esta historia, la conocemos, la citamos y predicamos, ya hasta sabemos cuándo indignarnos y cuándo simpatizar... ya sabemos cómo escucharla sin dejarnos hablar. Ya sabemos dar gracias porque nosotros no somos como ese fariseo; ya sabemos perdonar al publicano de la parábola sin perdonar a quien vive a nuestro alrededor.

La actitud del fariseo debió descubrirnos ese enclave donde aún en cada uno de nosotros sigue latiendo él. Porque, ¿quién no atesora una virtud, un talento, una devoción, un algo "mío" con el cual mido y me doy el valor? ¿Quién no aferra en su puño una última moneda con la que seguir pagando la posesión de su yo?

Cabría cuestionarnos aún qué forma reviste este núcleo farisaico en la cultura de hoy, en la cultura que nos toca protagonizar, la cultura de Occidente cuya quintaesencia metafísica es la "voluntad de poder", cuyo pecado metafísico



sea "el olvido del Ser".

Es evidente que si la religión es el contenido de la cultura y la cultura la forma de la religión, la "decadencia de Occidente", el "nihilismo" de los valores y aun "la muerte de Dios" no son fenómenos extrínsecos, no son algo que viven "los demás hombres", sino que es nuestra propia gestación, nuestra propia expresión. Si es más fariseísmo que el fariseo creer que éste es sólo un "judío", también es un gran fariseísmo hablar de la "caída de Occidente" como de un fenómeno fuera del cristianismo, del cristianismo que lo formó y ya no lo logra contener, ya no lo logra cobijar, informar ni transformar.

No cabe duda de que nuestro siglo, siglo del *tener* y el *poder*, tiene sus logros y sus virtudes, no cabe duda de que también nosotros, como ese fariseo, podríamos listar y computar nuestras obras, nuestras planificaciones y realizaciones, nuestro servicio y nuestro altruismo. Pero nosotros no hacemos esa lista, no la salmodeamos como la salmodeaba el fariseo en la oración: nosotros ya estamos demasiado ocupados en esas obras como para tener tiempo para la oración. No la llevamos no porque no seamos fariseos, sino porque no vamos al templo a orar, porque no sentimos necesitar la justificación.

Hemos dejado de mirar hacia lo alto como el fariseo y también hacia lo bajo, como el publicano, hemos dejado de mirar hacia los dos grandes misterios: la gracia y el pecado. Hoy miramos hacia adelante, hacia el mero horizonte de lo meramente horizontal. Hacia las realidades humanas, "humanas demasiado humanas", tan demasiado humanas que ya nos han comenzado a deshumanizar.

Abocados a asumir "las realidades terrenas", a instaurar el Reino de los Cielos sobre la tierra, sobre la tierra que vamos cerrando cada vez más al cielo, una tierra que cada vez más se cierra sobre su propia construcción, una construcción sin transfiguración, una civilización sin valoración, una religión sin religación... una inmanencia sin trascendencia, o una trascendencia sin tras-ascendencia.

Meta sin origen, progreso sin finalidad, rodar sin enraizar, o, para plasmar en una última imagen nuestra hybris farisaica, nuestra autonomía cultural: trazar el círculo de la totalidad con la línea recta de la historia, el círculo donde lo humano coincida con lo humano, lo humano con el todo, el todo con lo humano. La circularidad del "ya" que haya dejado fuera todo "todavía no". Círculo definitivo, esfera cibernética donde todo se explique, todo se agote, donde hasta Dios llegue a ser "una hipótesis inútil" para darle el ser, para darle su valer. Un mundo sin Adviento, sin recepción, sin don. Un mundo fraternal, tan totalmente fraterno que el Padre no tenga lugar.

Terminemos analogando esto con la oración del fariseo, del fariseo que decía "gracias" pero callando "perdón": sin esta conciencia de trascendencia, sin este reconocimiento que dice el más hondo y radical "Tú", no puede haber conciencia de dependencia, la dependencia que dice el más real y creatural "yo", el yo que encierra en su dependencia, la apertura que es su dignidad: el "punto de nada", el *benedictio vacui* que se dilata y realiza abriéndose al don, recibiendo la valoración creadora de valor, acogiendo la justicia creadora de justificación. El cuenco ontológico que se dilata cuando se reconoce dependiente, pendiente de lo trascendental, viviente en el don, del don que acoge con las manos vacías de la oración.

## VII

Sepamos que somos incapaces de tener la fidelidad del fariseo al mismo tiempo que del publicano su humildad. Sepamos que siempre somos publicanos y fariseos a la vez, sepamos que los dos no son más que uno, más que la unidad partida de cada corazón. Sepamos que abrirse y cerrarse, recibir y apropiarse, hacer de esa propiedad nuestro valer, pecar con ello y en ello descubrirnos pecador, es la dialéctica de la conversión, de la conversión y regresión, la aceptación y la rebelión.

Pero también sepamos, y sepámoslo con "temor y temblor", que de los dos tan sólo uno *bajó justificado* el otro bajó sin justificación, ni la obtuvo ni supo el juicio de nuestro Señor. Quizá, casi seguro, volverá al Templo cuando se lo prescriba su religión, ayunará y acrecentará sus diezmos, sus diezmos de supererogación... volverá el próximo día de precepto o, hasta quizá, sea de misa diaria, repita devociones y haga obras de reparación, asista a reuniones, llegue a ser dirigente, asuma las realidades históricas... Y el fariseo, como todos nosotros, un día morirá, un día se irá sin haber sabido que su justicia no lo justificó.

Se irá como nos iremos nosotros, sin saber hasta dónde nos mentimos, hasta dónde las verdades con que nos mentimos ensordecen la Verdad. Es terrible y temible saber que nunca, en esta vida, sabremos lo que dice sobre nosotros la justicia del juicio de Dios, del Dios a quien no compran las obras, a quien no ata la religión, al Dios que "hace caer la lluvia sobre justos e injustos", al Dios cuya misericordia es su corazón.

Nos queda una inamovible seguridad, la segura esperanza de saber que ya fuimos justificados, nos queda saber, *saber acogiendo*, que *Cristo murió una vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios*, saber que *la Ley nos fue dada por medio de Moisés, la gracia y la verdad nos han llegado por Jesucristo* y nos queda responder, responder repitiendo lo que nos tiene que haber enseñado el publicano, lo que no debemos cejar de repetir:

*¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!*

*Epecuén 161  
1870 Avellaneda (B)*

Hugo MUJICA